

Entre la “anarquía” y la “unidad nacional”. Los gauchos y los caudillos en los textos escolares argentinos (1930-1955)

MATÍAS EMILIANO CASAS¹



Resumen

Este artículo analiza las representaciones del gaucho en la escuela primaria argentina. Se focaliza en dos aspectos centrales: la participación del gaucho en las luchas civiles del siglo XIX y su supervivencia ante la modernización del campo. Se analiza su funcionalidad para canalizar diversos mensajes e interpretaciones sobre períodos de la historia argentina. El objetivo de este trabajo es estudiar los desplazamientos en el tratamiento escolar de los gauchos argentinos. Para eso, se abordan los libros de lectura de mayor relevancia en el ámbito educativo. Entre las disímiles interpretaciones sobre el arquetipo de la tradición nacional se establecieron puntos de encuentro que funcionaron como “enseñanzas” inexpugnables para los estudiantes primarios.

Descriptores: Educación, Textos escolares, Gaucho, Caudillo, Argentina.

Between “Anarchy” and “National Unity”. Gauchos and Caudillos in Argentine Textbooks (1930-1955)

Abstract

This article analyzes the representations of the gaucho in Argentina elementary school. We focus on two central issues: the gaucho involvement in civil struggles of the nineteenth century and its survival facing the modernization of the countryside. We analyze the gaucho functionality for channeling several messages and interpretations about Argentina’s history. The objective of this paper is to study the displacements in school approach of Argentine gauchos. For that, the most important textbooks are addressed. Among the different interpretations about the archetype of the national tradition, we can find common ground that served as impregnable “lessons” for elementary students.

Keywords: Education, Textbooks, Gaucho, Caudillo, Argentina.

Recibido: 15 de julio de 2015
Aceptado: 24 de agosto de 2015
Declarado sin conflicto de interés

¹ Universidad Nacional de Tres de Febrero / Université Paris Diderot (Paris 7) / CONICET. matiasemiliano@hotmail.com / mecasas@untref.edu.ar

1. De la “anarquía” a la “soberanía popular”

Las representaciones del gaucho en la escuela, vehiculadas por los textos escolares y por las normativas, pusieron de relieve una tensión en torno a su participación en el proceso de organización nacional. El “gaucho soldado” exaltado en los círculos militares y tradicionalistas se “fundamentaba” en su gesta emancipadora. Sin embargo, para el período de luchas civiles que enfrentaron a las provincias en el proceso de organización estatal durante el siglo XIX, primaba una omisión significativa comparada a los relatos que lo exaltaban como “héroe de la independencia”. El abordaje de ese período permite analizar –de modo fragmentario, a partir de la articulación de escasas voces que se pronunciaron– qué roles se les asignaron a los gauchos en esas álgidas contiendas.

Un antecedente de la ligazón del gaucho con los enfrentamientos entre unitarios y federales se presentó en el libro de lecturas denominado *Curso de Historia Nacional*, en las primeras décadas del siglo XX. Su autor era Alfredo Bartolomé Grosso, un docente egresado de la Escuela Normal de Profesores quien, pese a producir textos históricos, ejercía como profesor de Matemáticas y Contabilidad. Las obras de Grosso alcanzaron una intensa repercusión en esos años y sus libros se convirtieron en los principales divulgadores escolares de la historia argentina elaborada desde la perspectiva unitaria de Bartolomé Mitre. Su referencia constituye un punto de partida pertinente para analizar el rol de los gauchos dado que se los ligaba a las contiendas de ambos lados: “Proclamada la Revolución, prestó el tributo de su esfuerzo y de su sangre al servicio de la causa libertadora, y, más tarde, formó los contingentes del caudillaje federal o militó en las filas de los ejércitos unitarios”. La “versatilidad” de los gauchos para combatir por la autonomía de las provincias o a favor de la centralidad de Buenos Aires se encontraba asociada al carácter “manipulable” con que se presentaban a las masas populares.¹ Esa conceptualización se precisaba e intensificaba cuando se abordaba el funcionamiento de las montoneras y sus caudillos. Esos grupos formados por gauchos se someterían a las “ambiciones” de sus comandantes fuesen “buenas o malas”. El texto cuestionaba el accionar de los líderes que “ejerciendo la tiranía en sus regiones, acusaban a las autoridades de Buenos Aires de tiranizar a los pueblos”. De ese modo, concluía el fragmento con consideraciones peyorativas para la participación de los caudillos en el período de

la “anarquía” (Grosso, 1912:254). Los gauchos quedaban exculpados porque no se habrían involucrado de manera consciente. En efecto, se garantizaba que las masas actuaban por sugestión de modo inconsciente.

En la cronología aquí estudiada se reprodujeron voces que permitirían advertir una línea de continuidad con esa perspectiva que rechazaba las acciones de los caudillos. En la revista *La Obra* se reeditaron, en 1944, las consideraciones de Vicente Fidel López sobre la figura de Martín Güemes, defensor de la frontera norte durante las luchas independentistas. La publicación tenía una relevancia singular en el ámbito educativo en tanto se ocupaba prioritariamente de elementos relacionados a las prácticas docentes y las condiciones laborales de los maestros argentinos.² En el texto señalado se realiza un interesante ajuste conceptual. En tanto López sostenía la visión historiográfica tradicional que dialogaba con las perspectivas de Bartolomé Mitre para pensar a los caudillos como rectores de una “acción disolvente bandolerista”, y el protagonista de la defensa del norte era comúnmente identificado con esa denominación, la interacción de ambas definiciones conllevó una tensión que en el texto se pretendía disolver. Para esa operación se intentó disociar la figura de Güemes del resto de los caudillos. El principal argumento utilizado era su victimario. Se destacaba, entonces, que el salteño era el único comandante de las montoneras muerto “por una bala realista”. Esa característica lo alejaba de los que morirían en combate por disputas “internas”. Otro de los elementos que se puso de relieve fue la comparación con Gervasio Artigas: “[Güemes] Había hecho su aprendizaje de jinete desde niño; pero nunca había dejado de ser culto ni se había hecho gaucho bárbaro y montaraz como Artigas” (*La Obra*, 10.11.44:626). Dos apreciaciones ameritan la metodología empleada por Vicente Fidel López: en primer lugar, la salvedad, prontamente realizada, del carácter “culto” de Güemes a pesar de haberse ejercitado como jinete. Como si se tratase de dos opuestos, el autor consideró pertinente la aclaración e intentó “probar su cultura” haciendo mención de su amistad íntima con Manuel Belgrano; por otro lado, en su escrito se ponía en juego la representación de gaucho bárbaro identificado en Artigas. La reproducción de esa interpretación a mediados de los años cuarenta constituyó una excepción en el tratamiento escolar que se caracterizaba para el período por una incorporación “positiva” de su figura.

La consulta de los libros de lectura que se detallan en el anexo permite reconocer al menos dos caracte-

rísticas que emergen del tratamiento de las contiendas entre los unitarios y federales. El *auxiliar para cuarto grado* abordaba el período desde una perspectiva que tendía a la descripción fáctica de los acontecimientos sin explicitar una interpretación axiológica. En ese caso, el "gaucho" resultaba silenciado como en los relatos –oficiales, militares y tradicionalistas– que sólo encontraban su participación en las batallas por la Independencia. El libro de lecturas, publicado en 1935, realizaba un *racconto* del período de "anarquía" y refería a los caudillos sin incorporar la composición "gaucha" de sus montoneras (Torres, 1935). La única alusión posible –que estaría a cargo del lector– era la analogía por la vestimenta típica que se les atribuía a los caudillos y que tenía varios elementos en común con la indumentaria del gaucho.

En el libro *Compendio de Historia Argentina y Americana*, editado en 1942, se "reconocía" la participación de los gauchos en las guerras de independencia y, también, en las luchas civiles. Sin embargo, no se distinguía ningún tipo de faccionalismo para su accionar en las contiendas. El único elemento emergente de esa acotada apreciación era el reconocimiento de que ambos procesos belicosos "hicieron de ellos excelentes soldados y audaces montoneros" (Sáenz Valiente, 1942:36). El *Manual del alumno de sexto grado*, publicado el mismo año por la editorial Kapelusz, incorporaba una breve explicación con el título "La anarquía y el caudillismo". En el lacónico fragmento se diferenciaban los intereses sostenidos por los caudillos y por los gobernantes de Buenos Aires que habían motivado la "disolución nacional" (Romero, 1942:12). Ninguna referencia ligaba las actividades de las montoneras con la figura del gaucho. Las interpretaciones de los caudillos, y en muchos casos, por anexión, de las montoneras gauchas, como elemento obturador de la organización nacional comenzaba a desplazarse para posibilitar otro enfoque de los "bandoleros" de Mitre.

En la década de los cuarenta, el revisionismo histórico aportaba una lectura reivindicatoria de los caudillos federales. Las relecturas sobre la historia nacional esbozadas por esa corriente historiográfica habían alcanzado un nivel de oposición significativo a las interpretaciones "oficiales" postuladas por la Academia Nacional de la Historia. En particular, a partir de la reivindicación de las figuras de Juan Manuel de Rosas y de Estanislao López, en la década del treinta, se habían aglutinado diversos historiadores que reconstruyeron la representación de esos caudillos desde una perspectiva laudatoria.³ Al compás de esa reinterpretación se promulgaba una alternativa para

la historia liberal que, en términos de Ernest Renan, había "olvidado" procesos y actores, entonces recuperados. Los revisionistas reconocieron en el gaucho una de las omisiones señaladas (Renan, 1987:65). El Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas lo definiría, décadas más adelante, como: "encarnación ascética y heroica de la patria" (Boletín Juan Manuel de Rosas, I.10.68:25).⁴ Así, las montoneras gauchas eran resignificadas junto al accionar de sus caudillos.

Algunos libros escolares reprodujeron el enfoque "positivo" para el tratamiento de los caudillos y sus montoneras. El texto *Asuntos de Geografía, Historia, Instrucción Cívica, Naturaleza, Matemáticas y Lenguaje para quinto grado* describía las características de los "jefes populares": "Los caudillos eran hombres que sobresalían por su coraje, su fuerza física, su experiencia en las cosas del campo, su conocimiento de las costumbres y gustos de la gente que les rodeaba y su habilidad para mandar". Los gauchos eran identificados como el componente de las montoneras y se les destacaba su habilidad para jinetear los caballos en los combates. El accionar de los caudillos se presentaba desde una perspectiva que reconocía su contribución al devenir de la organización estatal: "no obstante su rebeldía [...] jamás pensaron en disolver la Nación. Defendieron la independencia nacional y cuando peligró la integridad de la patria, supieron unirse para combatir juntos contra el enemigo común" (Vinardell, 1940:118-119). Los caudillos y sus tropas gauchas eran reincorporados en el proceso de construcción nacional. En la lectura propuesta para los alumnos de la escuela primaria, su caracterización ligada a la "barbarie" quedaba relegada, para dar paso a una reivindicación de sus intervenciones en pos de la "defensa de la patria".

Desde un enfoque similar, el libro de textos para primer año de las escuelas industriales, redactado por José Carlos Astolfi y la educadora Josefina Passadori –inmigrante italiana que desarrolló su carrera como docente en la ciudad de La Plata– destacaba el obrar de los caudillos del interior. En la descripción de su figura, también se realizaba particular hincapié en su coraje: "eran valientes y diestros en el manejo de las armas, y aunque de escasa ilustración, poseían astucia, viveza y buen sentido". En consonancia con el libro citado anteriormente, se disociaban las montoneras gauchas de cualquier motivación disolvente: "Con todos sus defectos, los caudillos encarnaron la verdadera soberanía popular y el sentimiento federal; la idea de la unidad nacional estuvo siempre presente

en sus espíritus” (Astolfi y Passadori, 1951:117-118). Esa reinterpretación sobre la participación de los caudillos federales desde los libros de lectura constituyó otro canal para la circulación de la figura del gaucho. Los textos que exaltaron su participación con los caudillos, contrarrestaron el silencio que primaba en las narrativas gauchescas. Con una coyuntura favorable a la reproducción de ese discurso, la participación del “gaucho soldado” ya no estaría circunscripta a sus enfrentamientos con los realistas sino que se destacaría también en esas proyecciones de “soberanía popular”.

Más allá de las narraciones didácticas que posibilitaban ligar al gaucho con los caudillos federales como un componente de su “trayectoria militar” y de su “entrega por la patria”, algunos autores sostuvieron una postura disociadora. José Basualdo, que en su relato promovía la disciplina militar y construía una representación del gaucho adaptada a esos esquemas, pretendió desvincularlo de los caudillos. Para el autor, esos líderes eran considerados “paladines del terror” y poco tenían que aportar a la “tradición castrense” del gaucho. Por ese motivo, se los presentaba como “corruptores” de los honorables gauchos de las pampas a quienes habrían transformado en “malevos y asesinos” (Basualdo, 1942:46).

Otra interpretación que alejaba al gaucho de los caudillos la promovió Jorge Luis Borges. El escritor, en ocasión de redactar un prefacio de un ensayo sobre el tema, afirmaba: “La vida impuso al gaucho la obligación de ser valiente. No siempre sus caudillos lo fueron. Rosas era notoriamente cobarde [...] Por lo demás la estirpe gaucha nunca produjo caudillos” (Borges, 1968:12). Según Borges, todos los caudillos habían sido estancieros y la filiación de los gauchos con éstos se correspondía a un vínculo patrón-peón. Ninguna de las perspectivas para pensar la relación del “gaucho” con los caudillos federales contradecía directamente su “aporte a la patria”. Por un lado, los silencios y la diferenciación partían de una interpretación negativa del accionar de las montoneras para la consolidación del estado y la “civilización”, pero los gauchos quedaban exculpados porque la responsabilidad recaía sobre los caudillos. Por otro lado, las reivindicaciones de la participación de esos líderes facilitaban su inserción en un servicio conjunto en defensa de la patria. Los libros de lectura escolares también pondrían de relieve otra característica en pugna, la desaparición o pervivencia de los “gauchos” de la campaña.

2. El gaucho que siempre está muriendo. Encuentros y desencuentros en su devenir frente a la “civilización”

La desaparición del gaucho fue una de las temáticas más abordadas en todas las producciones escritas sobre su figura. El ámbito educativo no estuvo exento de presentar determinadas alternativas a su “muerte”. Las tensiones en referencia a ese tópico radicaban en las posibilidades de supervivencia del “hombre de la pampa” ante el devenir de la “civilización”. La representación más evocada determinó su desaparición a partir de los avances de la modernidad que se plasaban en el ferrocarril, el alambrado de los campos y más innovaciones que trastocaron la vida rural del siglo XIX. Por otro lado, otras interpretaciones, que también tenían su correlato en los textos de lectura para los niños, presentaban al gaucho adaptado a las condiciones finiseculares y reconocían su pervivencia en la coyuntura de sus producciones.

Los planteamientos en torno a la desaparición de los gauchos se expresaban desde los primeros años aquí estudiados y trascendían los ámbitos educativos. En 1929, la revista *Caras y Caretas*, una de las publicaciones de mayor circulación en todo el país, publicó un artículo titulado “Los gauchos se van”. En el texto se argumentaba la afirmación inicial dando cuenta del proceso de transformación que habían sufrido los habitantes camperos de la llanura pampeana. Pese a la pregunta “¿Desaparecen los gauchos?” que se respondía de modo afirmativo en el desarrollo del texto, la narración les asignaba un nuevo destino: “Donde queda uno que otro [gaucho] vive la tradición en torno; pero [...] ya no puebla la pampa su raza. Su sangre tiene inyecciones de importación, que hacen transformaciones fundamentales. Pocos ya, se alejan, para tomar filtraciones de leyenda” (*Caras y Caretas*, 21.12.29:103). Ese epílogo que lo convertía en “leyenda” retomaba las concepciones esbozadas por Carlos Octavio Bunge a principios de siglo. El escritor argentino aseveraba: “No pudiendo sobrevivir a las nuevas condiciones ambientales, el gaucho ha muerto. Ya no es más que un símbolo [...] acaso su sombra vela por nosotros.” Esa interpretación fue reproducida de manera textual por *Clarínadas*, un libro de textos para los alumnos de quinto grado, en 1957 (García, 1957:126). La continuidad de ese discurso permitía identificar una de las alternativas propuestas para tratar el tópico. El gaucho se “iba”, más no al olvido o al cementerio sino a ocupar un rol simbólico, atemporal, para pervivir en el recuerdo de los argentinos.

Esa línea interpretativa se manifestaba de modo contundente en el texto de lectura para cuarto grado *Tierra pobre... tierra rica*, publicado en 1942. Las dos páginas del libro dedicadas al gaucho comienzan con la siguiente aclaración: "El gaucho argentino desaparece. Se va para no volver más [...] El ferrocarril, la estancia moderna con sus haciendas mansas, el automóvil, es decir el Progreso le han dado un golpe de muerte. Pero no por ello será olvidado" (Pougens de Martínez, 1942:27). En la argumentación del texto, el gaucho –en su constitución física– iba desapareciendo, sin embargo su componente simbólico se hacía más presente que nunca al establecer como mandato su recuerdo. De ese modo, si bien se concretaría su pérdida en un plano material se lo pretendía "eternizar" desde las apelaciones abstractas que le atribuían un rol en ese presente.

Desde una perspectiva general, los relatos tradicionalistas y los discursos políticos que promovieron la sanción del Día de la Tradición para exaltar la figura del gaucho, en 1939, compartieron la interpretación de su desaparición física acompañada, indefectiblemente, de la pretensión de simbolizarlo. El diputado conservador Cándido Pérez García mencionaba la "deuda" del pueblo argentino ante ese "tipo étnico que había desaparecido" y que, por lo tanto, recibiría su recompensa de modo intangible (Timpone, 1948:28). La revista de educación *La Obra* difundía esa interpretación a partir del cuento "Domador", de Martiniano Leguizamón que miraba con nostalgia la ausencia de ese diestro campero (*La Obra*, 25.4.31:179). El libro *El gaucho Smith*, que describía las vicisitudes de un inmigrante para convertirse en gaucho, también advertía sobre la desaparición cuando el protagonista señalaba que ni siquiera en San Antonio de Areco –municipio del interior de la provincia de Buenos Aires caracterizado como "poblado de la tradición"– se conservaban los gauchos (López Luna, 1949). Uno de los cuentos narrados en el radio-teatro "Chispazos de tradición" –programa que en los primeros años de la década del treinta se emitía todos los días de 18.45 a 19.15 por L. R. 3 Radio Nacional– exponía un argumento similar a los reseñados: "¡Ha muerto el gaucho! Exclaman los amantes de la tradición. Más justo sería decir: el espíritu nativo no morirá nunca..." (*Caras y Caretas*, 1933:101). De ese modo, la figura del gaucho se proyectaba, más allá de su presencia física en los campos pampeanos.

El libro *Afirmación gaucha*, de Pablo Pizarro, confirmaba la proyección mencionada al disociar la desaparición física del gaucho de lo que sería su extinción.

En efecto, el autor clasificaba como "momentánea" la ausencia del "modelo heroico" en tanto, lejos de producirse su muerte se desarrollaría un desplazamiento de su potencia que permanecería en el "inconsciente colectivo del pueblo". Desde allí gravitaría el "gaucho" con su influjo de "espíritu combativo ante la vida y solidaridad existencial" (Pizarro, 1943:60). En el libro de lecturas *Brisas*, para segundo grado, se planteaba sobre la pervivencia del gaucho: "Hoy ya no existe y su figura es recordada con cariño, porque, a través de nuestra historia, el gaucho demostró su amor a la patria, por la que luchó valientemente" (Escuelas Pías, 1940:74). Con la adaptación necesaria para los niños de siete años, la interpretación sobre el devenir del gaucho se basaba en elementos similares a los de Pizarro. Es decir, físicamente primaba su desaparición, pero su presencia se continuaría en el recuerdo incesante de las generaciones futuras. La lectura escolar también agregaba un componente que aparecía recurrentemente en las argumentaciones: la identificación del gaucho como modelo de amor por la patria. El "pasaje" que acreditaba su viaje a un plano trascendental desde donde "velaría por los argentinos", era su "entrega" no sólo por la independencia sino por el desarrollo de la nación.

Otra alternativa para interpretar la continuidad de los gauchos a partir de los procesos de modernización en las tareas camperas y las mutaciones en la distribución de las tierras rurales, fue considerar su "transformación" y "adaptación" a esas condiciones coyunturales. En varias producciones escritas se sostendría la pervivencia del "gaucho" que habría abandonado su vida andariega y libre para incorporarse en las labores de la estancia. La clásica novela de Ricardo Güiraldes, *Don Segundo Sombra*, fue la expresión literaria más contundente de esa línea interpretativa (Intersimone, 2007). Sin embargo, otras producciones de menor circulación contribuyeron, también, en esa construcción. Un cuento gauchesco publicado en *Caras y Caretas* en 1937 reproducía la transformación del gaucho en peón. El autor, Amílcar Razori, era un catedrático santafesino que se había especializado en el estudio de la constitución de los centros urbanos y de la colonización de los campos. Con el título "Elegía del gaucho", lejos de llorar su muerte se pretendía refutarla a partir de la narración: "[el gaucho] no se ha perdido como dicen los poetas de la ciudad [...] sino que está ahí trabajando en las estaciones o en las chacras, y descansando los domingos en los almacesnes o en los calabozos, sin guitarra, sin china y sin pingo" (Razori, 1937:4).

Para algunos autores, esa pérdida de componentes característicos del “gaucho” determinaba una mutación que implicaba un cambio en su denominación. En el prólogo del libro costumbrista *El gaucho surero*, Nicanor Magnanini afirmaba: “[el gaucho] Careció de aspiraciones porque le faltaron elementos comparativos. Triunfó en su acción allá en aquella época. Después se transformó. No pereció el hombre de campo; desapareció el ‘gaucho’: evolucionó” (Magnanini, 1943:39). En esa interpretación, las pérdidas de los elementos “inherentes” que se insinuaban en el relato anterior ameritaban certificar la desaparición de los gauchos.

En los libros de texto se reprodujo, también, esa segunda alternativa para abordar la existencia o desaparición de los gauchos. Los textos que presentaron una continuidad a partir de la “adaptación” a las nuevas tareas rurales, sostuvieron la clasificación de “gauchos” para los campesinos que se desempeñaban en esas faenas. La interpretación no constituía una particularidad del período, en *Curso de Historia Nacional* se reconocía su labor como peón en las estancias y, de modo tangencial, se aludía al proceso de transformación que sufriría el gaucho desde las primeras décadas del siglo XIX (Grosso, 1912). En 1949, el *Curso de Historia Argentina* planteaba su trayectoria como sucesos “evolutivos” que se presentaban en un desarrollo lineal. El gaucho, desde esa perspectiva, habría sufrido diversas mutaciones, no contemporáneas sino progresivas que culminarían con su trabajo en el campo. En la lectura para los estudiantes de la escuela secundaria se afirmaba: “El elemento díscolo, pero libre [...] valiente hasta la temeridad, hospitalario, generoso y noble. Será el nervio de las guerras de la independencia y las luchas civiles y después se transformará en el peón de estancia” (Astolfi, 1949:163). El reconocimiento de la continuidad, y la “capacidad” de adaptación de los gauchos, no iba en detrimento de los relatos que enaltecían su condición de “patriota entregado”.

La identificación del gaucho como peón rural intensificaba su “virtud” de amor a la patria en tanto, luego de combatir por su libertad, se habría insertado en el trabajo del campo para contribuir a su “grandeza”. Así lo transmitía el texto para segundo grado, *Obreritos*, cuando afirmaba que el gaucho “había dado todo por la patria” (García, 1953:99). Esa asociación resultaba funcional a los intereses del peronismo en la coyuntura de su Gobierno –desde 1945–. La reivindicación del gaucho en tanto trabajador, posibilitaba presentar las medidas aplica-

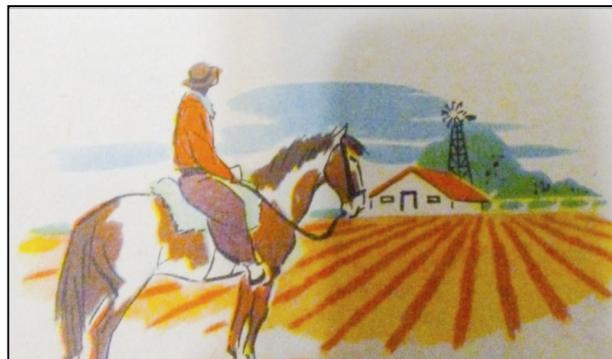


Figura 1. *Siembra*, 1955, p. 32.

das por el estatuto del peón como una “restitución” hacia su figura. En esa línea, se insertaba la temática en el libro *Siembra* editado, para los alumnos de tercer grado, con una marcada filiación al gobierno de Perón.⁵ En una lectura sobre “las pampas de ayer y de hoy” se precisaba: “La Nueva Argentina Justicialista protege al peón de campo [...] la justicia ha llegado para el labriego argentino, que ahora recibe lo necesario para vivir dignamente del fruto de su labor, feliz entre los suyos” (García, 1955:32). El texto era acompañado por una ilustración de un gaucho, en su nueva tarea, controlando la cosecha (Figura 1).

La ilustración presentaba una agricultura pujante que se destaca por su coloración emulando los rayos del sol. La tonalidad celeste del cielo se condensa con el blanco de la imagen para definir los colores de la bandera nacional. La “Argentina justicialista” confirmaba la existencia del gaucho que mantenía su condición de “hombre a caballo” pero con la vista fija en el desarrollo de la estancia moderna. La perspectiva del dibujo lo presenta como custodio de la siembra en un rol adaptado a las necesidades coyunturales del campo.

Las dos perspectivas sobre la pervivencia de los gauchos que se reprodujeron en los libros de texto resultaron tributarias de su representación como “patriota”. Fuese por su entrega desinteresada ante el avance de la “civilización” o por su conversión en peón rural para aportar su trabajo al desarrollo de la nación, ambas construcciones permitían ligarlo al fomento de la nacionalidad. La continuidad presentada por quienes lo reconocían en los campesinos contemporáneos conllevaba una resignificación para el estilo de vida rural que también se graficaba en las lecturas escolares.

3. A modo de conclusión

Las dos variables analizadas en este artículo evidenciaban una coyuntura favorable para la utilización de la figura del gaucho desde las escuelas argentinas. El proceso de transición de "bandolero y matrero" a "arquetipo de la tradición nacional" se había desarrollado desde las primeras décadas del siglo XX. Primero con la reinterpretación del clásico poema *Martín Fierro* por parte de las élites intelectuales bonaerenses y, décadas más tarde, a partir de las intervenciones políticas que oficializaron su condición de "símbolo de argentinidad". El "gaucho" había corroborado su funcionalidad para la denodada búsqueda de cristalizar una identidad nacional, continuamente en ciernes. En su figura se condensaron las referencias a un pasado autóctono, que se pretendía puro y al mismo tiempo, antídoto ante el carácter cosmopolita de la sociedad argentina.

En ese contexto, los libros escolares dieron cuenta de la reinterpretación positiva del gaucho. Uno de los cambios más significativos se presentó en el tratamiento de su accionar en las montoneras durante los conflictos que precedieron a la organización nacional. Para ese período, el gaucho acompañó el enfoque positivo de los caudillos del interior que iban desplazando su caracterización como anárquicos obstaculizadores de la consolidación del Estado hacia una representación laudatoria de su búsqueda de justicia y equidad para las provincias. La figura del gaucho encontró, entonces, otro argumento que le permitía consolidarse como ejemplo de patriotismo y abnegación. Es decir, no sólo había sacrificado sus intereses personales en las batallas contra el ejército español, sino que también había ofrecido su participación en las álgidas disputas del país en construcción.

El reconocimiento que gozaba el gaucho se articuló con la interpretación mayoritaria que lo identificaba como un actor pretérito del pasado nacional. Ese enfoque trazaba una perspectiva simbólica para todo intento de reivindicación gauchesca. En efecto, la restitución de los gauchos se remitía a esos reconocimientos que se proyectaban en el plano de lo teórico. Si el gaucho había desaparecido en pos del progreso, la única alternativa para recompensar ese "sacrificio" recaía en la conmemoración de su figura y el recuerdo, tanto de sus habilidades camperas como de su servicio por la patria. Ese relato fue reproducido en las escuelas argentinas hasta el advenimiento del peronismo. A partir de allí, se exaltó la pervivencia de los gauchos en las campañas, recuperando la representa-

ción del gaucho adaptado a las tareas rurales modernas. Para ese discurso, centrado en los derechos del trabajador campero y la justicia social, el gaucho no significaba un mero recuerdo sino que era el arquetipo que encarnaba las reformas laborales del peronismo. De ese modo, los estudiantes que habían leído su desaparición en los textos escolares, lo veían resurgir al calor de la estancia y las tareas agrícolas. El "gaucho" confirmaba su labilidad para ser canal y vector de diversos mensajes. Entre las diferentes interpretaciones, se recuperó una moraleja que fue prioridad en las lecturas para los niños de las escuelas primarias: el gaucho era "ejemplo de patriotismo".

Referencias

- ASTOLFI, A. (1949). *Curso de historia argentina I*. Buenos Aires: Kapelusz.
- ASTOLFI, J. y J. PASSADORI. (1951). *Nociones de Historia y Geografía argentinas*. Buenos Aires: Kapelusz.
- BASUALDO, J. (1942). *El gaucho argentino*. Buenos Aires: Editorial Argentina Arístides Quillet.
- BERNETTI, J. y A. PUIGRÓSS. (1993). *Peronismo: cultura política y educación, 1945-1955*, Buenos Aires: Galerna.
- BORGES, J. (1968). Prefacio de José Luis Lanuza, *El gaucho*. Buenos Aires: Muchnik editores.
- CATTARUZZA, A. (2003). El revisionismo: itinerarios de cuatro décadas. En CATTARUZZA, A. y A. EUJANIAN. *Políticas de la historia, Argentina 1860-1960*. Madrid - Buenos Aires: Alianza Editorial.
- ESCUELAS PÍAS ARGENTINAS (1940). *Brisas. Libro de lectura para segundo grado*. Buenos Aires: Kapelusz.
- FERREYRA, G. (2013). La revista La Obra y la política educativa peronista: 1950-1955. *Actas de las XIV Jornadas Interescuelas*, Universidad Nacional de Cuyo.
- GÁLVEZ, M. (1940). *Vida de Don Juan Manuel de Rosas*. Buenos Aires: El Ateneo.
- GARCÍA, A. (2009). Libros de lectura del período peronista: la construcción de la imagen de la Patagonia. *Historia Caribe*, vol. 5, n° 15. 31-35.
- GARCÍA, L. (1953). *Obreritos. Libro de lectura para segundo grado*. Buenos Aires: Kapelusz.
- GARCÍA, L. (1955). *Siembra. Libro de lectura para tercer grado*. Buenos Aires: Kapelusz.
- GARCÍA, M. (1957). *Clarinadas. Libro de lectura para quinto grado*. Buenos Aires: Luis Lasserre y Cia. Editores.
- GROSSO, A. (1912). *Curso de Historia Nacional*, Buenos Aires.
- GVIRTZ, S. (1996). Estrategia de la escuela nueva a través de la revista La Obra, revista de educación y sus propuestas didácticas. En GVIRTZ, S. (comp.). *Escuela nueva en Argentina y Brasil: visiones comparadas*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores, 1996.
- HALPERÍN DONGHI, T. (1971). *El revisionismo histórico argentino*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- INTERSIMONE, L. (2007). El discurso nacionalista de Don Segundo Sombra. *Alfía (Osorno)*. (24) 165-176.

- IRAZUSTA, J. (1935). *Ensayo sobre Rosas: en el centenario de la suma del poder 1835-1935*. Buenos Aires: Tor.
- LE BON, G. (1895). *Psicología de las multitudes*. París: F. Alcan.
- LÓPEZ LUNA, A. (1949). *El gaucho Smith*. Buenos Aires: Ediciones Vertiente.
- MAGNANINI, N. (1943). *El gaucho "surero" de la provincia de Buenos Aires. Un relato de época*. Buenos Aires: La Facultad.
- ORTEGA PEÑA, R. y E. DUHALDE (1967). *Folklore argentino y revisionismo histórico*. Buenos Aires: Editorial Sudestada.
- PIZARRO, P. (1943). *Afirmación gaucha*. Buenos Aires: Editorial La Facultad.
- POUGENS DE MARTÍNEZ, G. (1942). *Tierra pobre... tierra rica*. Buenos Aires: Editorial Independencia.
- RAZORI, A. (1937). Elegía del gaucho. *Caras y Caretas*, 4.
- RENAN, E. (1987). *¿Qué es una nación? Carta a Strauss*. Madrid: Alianza.
- ROMERO, J. (1942). *Manual del alumno de sexto grado*. Buenos Aires: Kapelusz.
- SÁENZ VALIENTE, J. (1942). *Compendio de Historia Argentina y Americana, para segundo año de las escuelas de comercio de la Nación*. Buenos Aires: Estrada y Cía. S. A.
- SIGHELE, S. (1892). *La muchedumbre delincuente. Ensayo de psicología colectiva*, trad. P. Dorado, Madrid: La España moderna.
- TIMPONE, F. (comp.) (1948). *Día de la Tradición y monumento al gaucho, antecedentes legislativos*. La Plata: Honorable Senado de Buenos Aires.
- TORRES, A. (1935). *El auxiliar, para cuarto grado*. Buenos Aires: F. Crespillo Editor.
- VINARDELL, A. (1940). *Asuntos de Geografía, Historia, Instrucción Cívica, Naturaleza, Matemáticas y Lenguaje para quinto grado*. Buenos Aires: Editorial Luis Lasserre.

Libros de texto consultados:

- Asuntos para quinto grado* (1940). Luis Lasserre.
- Aurora del Saber* (1930). Editorial H. M. E.
- Autores modernos I* (1943). Librería del Colegio.
- Brisas* (1940). Kapelusz.
- Canto al trabajo* (1940). Kapelusz.
- Clarinadas* (1957), Luis Lasserre.
- Compendio de Historia argentina y americana II* (1942). Estrada.
- Compendio de Historia argentina y americana II* (1950). Estrada.

- Curso de Historia argentina I* (1949). Kapelusz.
- Curso de Historia argentina II* (1950). Kapelusz.
- Curso de Historia nacional* (1912). s/d.
- El cuarto grado por asuntos* (1940). Kapelusz.
- El auxiliar para cuarto grado* (1935). F. Crespillo.
- Manual de la infancia* (1934). Estrada.
- Manual del alumno bonaerense* (1952). Kapelusz.
- Manual del alumno de tercer grado* (1941). Kapelusz.
- Manual del alumno de sexto grado* (1942). Kapelusz.
- Manual Estrada III* (1960). Estrada.
- Manual Estrada V* (1953). Estrada.
- Motivos americanos* (1956). Kapelusz.
- Nociones de Historia y Geografía argentinas* (1951). Kapelusz.
- Nueva Jornada* (1940). Kapelusz.
- Obreritos* (1953). Kapelusz.
- Pensamiento* (1967). Troquel.
- Plenitud* (1929). Independencia.
- República* (1957). Estrada.
- Siembra* (1955). Kapelusz.
- Tierra pobre... tierra rica* (1942). Independencia.

Notas

- 1 El estudio de las relaciones entre la política, los liderazgos y las masas había experimentado una especial atención, a fines del siglo XIX y comienzos del XX, por parte de sociólogos y criminalistas. Ver los trabajos clásicos, Sighele (1892); Le Bon (1895).
- 2 Un análisis de la trayectoria de la publicación en diversos períodos se realiza en Bernetti y Puigróss (1993), Gvirtz (1996), Ferreyra (2013).
- 3 Sobre el revisionismo histórico, ver Cattaruzza (2003), Halperín Donghi (1971). Los estudios pioneros sobre la revisión de la figura de Juan Manuel de Rosas fueron: Irazusta (1935), Gálvez (1940).
- 4 Un texto que constituye una muestra válida de la interpretación del revisionismo sobre los caudillos, que al mismo tiempo lo articula con el folklore criollo, es Ortega Peña y Duhalde (1967).
- 5 Incluso el manual incorporaba fragmentos discursivos del presidente de la Argentina y lecturas sobre Eva Perón como "la abanderada de los humildes", ver García (2009).